

MARINA GARCÉS

Ciudad Princesa

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2018

© Marina Garcés, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 6047-2018
ISBN: 978-84-17088-87-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A todas las amigas y amigos,
escuela política,
escuela de agradecimiento*

Índice

Prólogo. Aprender de las luchas que no hemos ganado	II
---	----

I

PONER EL CUERPO

Un <i>nosotros</i> sin nombre.	19
Abrir una puerta	23
El consenso es la censura	31
Desclasificados	37
Geografías estrechas	43
Los afueras de la filosofía	51
Un mundo solo	57
Una globalización de barrio.	63
Las ciudades en el mundo	69
Cosmopolitismo de los pobres.	73
Un grito de asco contra la miseria cotidiana.	79
Espacios de vida	85

II

TOMAR LA PALABRA

El mundo no espera.	91
Pensar juntos.	97
El peso del compromiso.	105
Insurrección e institución.	111
La capital del mundo.	119
Entrar y salir	127
Afectados	133

Crisis de palabras	139
En nombre propio	145
El fin del consenso	151

III

NACER AL MUNDO

No hay cómplices	165
Ciudad dolida	171
Asesinato en tiempo real	179
Trinchera y frontera	185
Osa poder	193
Enfadarse seriamente	201
Ellas y nosotras	209
Banderas <i>Made in China</i>	217
Siempre nuestras	225
Recuerdos de futuro	235
Epílogo. Ciudad reencontrada	241

PRÓLOGO

Aprender de las luchas que no hemos ganado

Aún no hemos nacido,
aún no hay mundo.

ARTAUD

No sé hasta qué punto hemos luchado realmente. Tampoco sé hasta qué punto hemos perdido del todo. Sí sé que las ideas y las formas de vida en las que creo no triunfan, pero que tampoco están perdidas. La generación de los setenta quería asaltar el cielo y se quemó las alas. Los que venimos después crecimos entre sus cenizas y vimos cómo se apagaban los fuegos de sus anhelos y de sus ideales. Algunos pactaron con el sistema de partidos, con el conformismo privado, con el oportunismo económico y mediático. Otros se refugiaron en exilios interiores de muchos tipos. Hubo también quien abrazó la destrucción o la auto-destrucción. Y sólo algunos, pocos, siguieron alimentando las brasas del pensamiento y del compromiso radicales.

Los que nos politizamos a finales de los años noventa no mirábamos al cielo si no era para descansar un rato. Nuestros pasos y nuestros ojos se dirigieron hacia el mundo, hacia este mundo, que ya amenazaba con síntomas claros de devastación: humana, ambiental, económica, política... La globalización sólo brillaba, como una luz encendida en Nochebuena, si se miraba de lejos. Vivido de cerca, el mundo global estaba lleno de oscuridades, de malestares, de guerras no declaradas, de fronteras enmascaradas, de violencias privatizadas. Con los zapatistas, aprendimos a decir que queríamos crear muchos mundos en este mundo, con los okupas aprendimos a abrir espacios de vida en nuestros pueblos y ciudades, con la antiglobalización pusimos palabras y colores a otro mundo posible, con el movimiento contra la guerra recordamos que, como siempre, los muertos los ponemos nosotros mientras las guerras siguen siendo suyas, y con el 15M inventamos la expresión más simple de la radicalidad democrática: «No nos representan». En

medio de todos estos grandes movimientos, leímos autores nuevos y antiguos, recuperamos la memoria resistente de la Transición española no explicada, reaprendimos prácticas de cooperativismo, de apoyo mutuo y de autoorganización que los años ochenta parecían haber desterrado para siempre, llegó internet y tejimos en la red nuevas relaciones autónomas y autoorganizadas. Aprendíamos de los *hackers* y de la cultura libre. Reinventábamos el feminismo. Descubríamos los barrios como lugares de implicación, Europa como problema, para nosotros y para los que desean llegar desde la miseria del mundo, y la globalización como un destino muy poco común. Experimentamos mucho, nos inventábamos palabras y prácticas cada día. Atacábamos la ciudad-empresa y las catedrales del consumo, y convertimos la acción directa en un arte de calle, a la vez que aprendíamos a cuidar de nuestros cuerpos, de nuestras vidas, y de los ecosistemas naturales y culturales maltratados.

Escribo este prólogo una tarde de invierno de 2018. El último trimestre, vivido desde Catalunya, parece haber durado siglos y a la vez ha sido un relámpago que ha incendiado la historia. Hace tiempo que el tiempo se ha desbocado. Y con él, el mundo, presente y futuro, parece entregado a una carrera loca y cada vez más violenta que no sabemos dónde apunta. O sí: a un futuro que sólo sabemos teñir de negro. Condición póstuma, lo he denominado en algún escrito: la destrucción como condición generalizada y el privilegio como refugio temporal de sus efectos. «Dormíamos, despertamos», dijo el 15M. Pero, ¿dónde hemos despertado? No dejo de preguntármelo. Hace décadas que Occidente despierta del bello sueño del progreso, a golpe de guerras, de devastación ecológica, de nuevos despotismos y de crecientes desigualdades. Últimamente, mucha gente ha visto rotos sus sueños particulares de confort y de bienestar, por humildes que fueran. Las crisis políticas, económicas y de civilización se superponen. Y con ellas, los anhelos de transformación del mundo hacia sociedades más vivibles y más justas se convierten en campañas urgentes de reparación de daños cada vez más irreversibles. Los revolucionarios se transforman en enfermeros del mundo y los guerrilleros de lo imposible en socorristas desesperados. Lo más fácil es rendirse al catastrofismo o protegerse en el particularismo. Pero ¿dónde estamos? ¿Podemos dibujar mapas que, desde el espacio y el tiempo, nos den las coordenadas de nuestro ahora y aquí? De estas preguntas han surgido los hilos de este escrito que he necesitado tejer, a lo largo de los últimos tres años, como una

mallá para no caer, como una liana con la que seguir avanzando de árbol en árbol, sin acabar de ver el bosque.

Cuando nos perdemos, hay dos maneras de mirar para saber dónde estamos: buscar un punto alto para tener una visión general, o repasar mentalmente el camino recorrido para dar sentido a lo que nos rodea. Acostumbrada a conceptualizar, esta vez he sentido la necesidad de explorar la segunda opción: visitar lo vivido para recoger su sentido. Por eso este libro es un conjunto de historias y de vivencias que van trenzando un pensamiento en curso. Empiezan un día muy concreto: el 28 de octubre de 1996 durante el desalojo de Cinema Princesa de Barcelona. Y, sin haberlo previsto en el planteamiento inicial, acaba otro día muy concreto: el 1 de octubre de 2017 en las calles de la misma ciudad, con la celebración y represión del referéndum de autodeterminación. Más que acontecimientos históricos, son dos puntos de inflexión que abren de manera inesperada la posibilidad de elaborar un sentido no previsto del *nosotros*. Un *nosotros* sin nombre, hecho de todos nuestros nombres. Los hilos que van de unos a otros no trazan una historia lineal, sino una mallá de veintiún años de vida compartida y aprendida en colectivo. Hay muchas cosas de las que no hablo, evidentemente. No es porque no las considere importantes, sino porque no las he vivido directamente.

Lo que presento aquí no es un documento histórico ni una investigación periodística. Habrá mucha gente que lo pueda hacer mucho mejor que yo. Es un relato en primera persona que sirve para ir desplegando una reflexión. No hay voz en *off*, pues, ni una narradora omnisciente, sino una voz que es a la vez un singular y un plural: el singular irreductible de quien vive y piensa cada uno de los momentos y situaciones que se recogen y el plural de los *nosotros* que en cada ocasión le dan sentido. No son tampoco unas memorias personales, aunque sí se asume la dimensión personal de toda experiencia política. El hilo conductor es el aprendizaje: ¿qué hemos aprendido? En el aprendizaje se encuentran la política como transformación, el saber como descubrimiento y la relación con los otros como compromiso. Y en el aprendizaje se encuentran, también, el *yo* y el *nosotros*. Siempre es alguien quien aprende. Y siempre es con los otros como aprendemos.

Desde el punto de vista de los aprendizajes, el presente no es la actualidad ni el pasado está cerrado. El presente es el verdadero tiempo histórico donde encontramos lo que hemos devenido, todo lo que no ha llegado a ser y las potencialidades que desmienten la obviedad de

lo que hay. Así es como abordo estos años de vida vivida. No me inspiran la épica ni la nostalgia. Solamente la necesidad de renovar, una vez más, el compromiso con el presente y, en concreto, con mi ciudad. Para hacerlo, hay que entender muchas cosas y agradecer muchas más. Éste es un libro de compromiso desde el agradecimiento.

La vida me ha dado amigos y amigas, en todos los sentidos inagotables que tienen estas palabras. Sin ellos, sin ellas, no sé si hubiera tenido mundo. Quizá hubiera tenido una vida privada más o menos comfortable, una vida laboral más o menos exitosa, una vida cultural más o menos rica. Quién sabe. O ninguna de estas cosas. Pero la relación con el mundo me la han dado los amigos. No hay una categoría separada de la amistad que la recorte del amor ni del parentesco. Amigos y amigas son todos aquellos con quien se comparte la complicidad de aprender a vivir juntos. De esto va este libro, también, y por esto está dedicado a todos ellos y a todas ellas, a todos nosotros. Algunos han estado a mi lado, del primer día hasta el último, como Santi, a quien quiero agradecer tanta vida. Otros han entrado y salido, no hemos acompañado en trayectos y en intensidades diversas. Como aquellas estrellas de Nietzsche que componen constelaciones y se borran cuando llega el día. Otros, pocos, por suerte, se han ido para siempre. Un recuerdo especial para mi madre, que ya hace quince años que nos dejó el mundo en nuestras manos, y para Carles Capdevila, con quien aún cuento para todos los proyectos posibles. En el libro salen pocos nombres, sólo aquellos que son públicos en la situación a la que me estoy refiriendo, ya sea porque son autores explícitos de algún texto o porque intervienen de manera conocida. El resto no los he utilizado por respeto a la vida y a las historias de cada cual. Lo que explíco es mi vivencia de unos hechos y no he querido apropiarme del punto de vista de nadie.

Hablar de aprendizajes es hablar de nacimientos, de llegadas, de lo que está siendo. No creo en los mitos del origen. No hay un primer día de nada, todo inicio es un retomar y lo que nace es nuevo en la medida en que transformamos su sentido. Siempre estamos llegando al mundo, porque nunca estamos del todo en él. Y si nos continuamos esforzando por hacerlo nuestro y compartirlo, por hacer mundo común, pienso que es porque otros lo han hecho antes que nosotros. Siempre estamos recogiendo algún pensamiento, alguna lucha, algún afecto, alguna idea que ha quedado por continuar. Es lo inacabado como forma de un compromiso que recoge y continúa, retoma y desvía las vidas y las

luchas anteriores, presentes y, si podemos decirlo así, futuras. Cuesta hablar de futuro. Pero podemos decir que nos queremos volver a despertar mañana. Es un deseo humano, íntimo y político, para el que necesitamos herramientas y esfuerzo, pero también ternura y deseo. Las herramientas, el esfuerzo, la ternura y el deseo en este libro han tomado la forma de una escritura tentativa que no busca conclusiones, sino relaciones. No hay recetas, sino retos compartidos. Y no hay una sola historia, sino una invitación a que mucha gente abra y explique también las suyas. Una ciudad es esto: el conjunto disonante de nuestras historias y así es como hablo de Barcelona, la Ciudad Princesa de este libro. Crónica de ciudad, pues, relato de aprendizajes y ensayo de pensamiento que he escrito sin guion previo y de manera cruzada en catalán y en castellano. Es un ejercicio que no había hecho nunca en un texto largo y que ha sido parte de la experiencia y de la apuesta política de este libro: desplegar la doble voz e ir de una a otra, escribir en catalán, reescribir en castellano y retraducir otra vez al catalán. La experiencia ha sido tan bonita que si la vida me da ocasión de escribir futuros libros, me parece que ya tendré que hacerlos todos así. Quién sabe. De momento éste está aquí, como una pequeña brújula de bolsillo con la que encontrar caminos posibles entre lo imposible y lo necesario.

I

PONER EL CUERPO

Un *nosotros* sin nombre

Nací por segunda vez el 28 de octubre de 1996 en la Via Laietana de Barcelona. Esa mañana la policía había desalojado el Cine Princesa, después de siete meses de okupación. Yo no había entrado nunca en el Cine Princesa, ni en ninguna casa okupada. Pero esa tarde estuve allí. Estuvimos allí. Un *nosotros* sin nombre se sintió y se hizo sentir. No sabíamos quiénes éramos y aún no lo sabemos del todo. Éramos la ciudad que no cabía en el escaparate. La ciudad no se había terminado de crear el éxito olímpico. Barcelona era una ciudad que empezaba a sufrir la especulación y la precariedad, aún impronunciables. Y nosotros éramos una gente, sólo gente, que no se reconocía en ninguna sigla, bandera o identidad. En diversas tradiciones, quizá sí. En historias lejanas y más recientes, también. Pero la Via Laietana, esa tarde, dejó entrever la posibilidad de tomar una posición que desbordaba los marcos establecidos y los lugares previstos. Sólo teníamos el cuerpo. Habíamos puesto el cuerpo, sin saber para quién ni por qué. «Que nos quiten lo bailao», habían dejado pintado en las paredes, dentro del Princesa. La realidad se había agrietado y una fuerza centrífuga casi nos hizo asaltar la comisaría de la Via Laietana. Recuerdo cómo flotaban los cuerpos, de un lado a otro y sin dirección. Recuerdo un abrazo que se convertiría más adelante en el abrazo de un compañero de vida. Recuerdo una pregunta, «¿tienes cita?», que no entendí, pero que me transmitió complicidad. No teníamos móviles y esta pregunta significaba que alguien me esperaba al final de la mani, para saber que todos estábamos bien. ¿Quiénes éramos todos? ¿Por qué yo? Cuando escribo estas líneas han pasado veinte años desde ese día. Algunos de los que estábamos allí ahora son políticos de renombre. Otros se han perdido en el anonimato. Algunos mantenemos vínculos extraños, intermitentes pero fieles. A pesar de nuestras trayectorias personales, la verdad es que no sé en qué nos hemos convertido, qué ha sido de *nosotros*.

Nacer no es empezar nada nuevo. Nacer es un desplazamiento irreversible. Llegar al mundo, salir de los espacios conocidos, ponerse al margen y alterar el punto de vista, salir para volver a entrar. Cada uno de estos movimientos interrumpe la circulación, sabotea lo que estaba previsto y abre una dimensión impensada. Esto es un nacimiento. Nada sale de la nada, como aprendí en mi primer curso de filosofía. Pero hay acontecimientos que hacen que nada vuelva a ser igual.

«Seamos todos okupas. Démonos prisa. Hay infinitas casas por okupar. Hay infinitos mundos por abrir». Así terminaba una octavilla que salió poco después del desalojo del Cine Princesa, un texto anónimo como muchos de los que se hacían en ese momento, escrito por el entorno que esa tarde me había incluido en su «cita» después de la manifestación. Con esas palabras la okupación dejó de ser, por lo menos durante un tiempo, una tribu urbana o un movimiento. Se convirtió en un gesto radical compartido por mucha gente y por muchos mundos. La okupación, se viviera directamente o no, pasó a ser el gesto de abrir espacios de vida en una ciudad que se estaba volviendo invivible. Escaparate, supermercado, cárcel... aún no podíamos imaginar lo que estaba por llegar, en qué se convertiría la ciudad bajo la presión del turismo, con el control de la normativa cívica, tras la represión de la Ley Mordaza y en medio de la destrucción de la crisis. Pero ya entonces era una ciudad donde costaba cada vez más respirar. Abrir espacios de vida fue la consigna y la pragmática de las okupaciones, de sus espacios, de los barrios que transformaba y de las acciones y manifestaciones que provocaba.

En el grupo de afinidad que empecé a frecuentar cada semana, hablábamos de «poner el cuerpo». No era terminología técnica, como sucede ahora cuando las ciencias sociales han incorporado lo que llaman el «giro corporal» y que ha sido el paradigma que ha venido a suceder al «giro lingüístico». Era una expresión intuitiva que señalaba una posición donde, precisamente, filosofía y práctica no se podían separar. «Poner el cuerpo» significaba que sólo se puede pensar actuando y que sólo se puede actuar pensando. Es decir, que pensamiento y acción se transforman y se empujan uno a otro y que no nos valía, por tanto, la separación entre intelectuales y militantes, entre grupos de acción y grupos de reflexión, entre academia y movimientos sociales. Poner el cuerpo significaba, también, exponerse. Arriesgar no sólo bordeando o traspasando los límites de la legalidad, sino también de la propia vulnerabilidad. En un mundo de espectadores, clientes

y consumidores, la vida sólo podía volver a ser nuestra poniendo el cuerpo en común, haciendo cosas juntos, compartiendo el espacio y el tiempo. Okupar, en este sentido, se nos ofrecía como un gesto que se alzaba contra la privatización de la existencia, de la existencia de cada uno de nosotros, atacando el corazón de la propiedad privada. Es decir: de la especulación con los espacios vacíos de la ciudad y de su planificación capitalista.

Con el paso de los años, «poner el cuerpo» también ha sido la idea que ha guiado mi pensamiento y mi escritura filosófica. El aprendizaje de esos años me enseñó a leer y a escribir de otra manera y a entender que la teoría no representa el mundo sino que es una herramienta para desplazarnos y para aprender a percibirlo de otra manera. Los conceptos no capturan sentidos, sino que son llaves que abren caminos, los caminos de lo impensado. Pero para eso hay que dejarse caer, hay que entrar en el mundo y encontrar la puerta que no se espera. Toda teoría es la de un cuerpo involucrado en la realidad que vive y que percibe, que le afecta y que le concierne. Por esto toda teoría es parcial. Contra esta insuficiencia inevitable, hemos inventado puntos de vista superiores: la mirada de Dios, la eternidad de las ideas, el punto de fuga de un futuro utópico... Son perspectivas que falsean y violentan la realidad porque pretenden ponernos fuera de ella, allí donde no nos puede tocar, allí donde no nos puede afectar, allí donde pensamos que la podemos dominar. De ahí la peligrosa proximidad de la teoría y de los intelectuales con los poderes fácticos. Aprendiendo a poner el cuerpo, aprendí a salir de la esfera de la representación para entrar en el espacio del compromiso. La esfera de la representación funciona sobre la base del reconocimiento y, por tanto, de la identidad. El espacio del compromiso sólo depende, en cambio, de nuestra capacidad de afectar y de dejarnos afectar sin rompernos por el camino.

Mientras hacía estos aprendizajes colectivos, en la calle y en los centros sociales okupados, empecé en solitario mi primer trabajo filosófico largo, la tesis doctoral. Más concretamente, en el curso 1996-1997 me matriculé en lo que entonces eran los cursos de doctorado e inscribí mi primer proyecto aún sin forma, pero sí con un título que sobreviviría y que me ha acompañado siempre: *En las prisiones de lo posible*. En este trabajo abordaba un problema, que era el que entonces se me clavaba en la piel y en la conciencia: ¿cómo podemos entender una realidad hecha de posibles y que al mismo tiempo no podemos cambiar? Esta paradoja era, precisamente, la que presentaba

entonces el capitalismo global: un mundo hecho de posibles al cual no había alternativa. Un mundo, por tanto, en el que estábamos condenados a escoger sin poder transformarlo. A medio camino de este trabajo filosófico, en 1999 el movimiento antiglobalización lanzó al mundo una consigna: otro mundo es posible. ¿Qué sentido podía tener ese «posible», en un mundo que había planetarizado las condiciones de vida del capitalismo y que, por tanto, no dejaba nada fuera? En la grieta que se había abierto en la Via Laietana esa tarde de octubre de 1996, habíamos empezado a explorarlo.